

misioneros se tengan á mano todos los acaecimientos segun y cómo pasaron en la California así antigua como nueva, todo lo cual con toda sinceridad y verdad referiré en esta recopilacion dividida en cuatro partes: en la primera pondrá lo acaecido en la antigua California los cinco años que corrió á cargo del colegio. En la segunda diré las expediciones que se hicieron para la conquista de Monterey y la fundacion de las cinco primeras misiones. En la tercera el estado de ellas á últimos de Diciembre de 1763 y segun el informe que se remitió á su excelencia y en la cuarta y última parte se anotará cuanto fuere sucediendo digno de nota.

PARTE PRIMERA.

DE LAS NOTICIAS DE LA ANTIGUA CALIFORNIA.

CAPITULO I.

Como entró la California á cargo del colegio de San Fernando.

Por la espatriacion de los reverendos padres jesuitas que por órden de S. M. el señor Carlos III (que Dios guarde) se hizo en esta Nueva-España el dia 25 de Junio de 1767, siendo vi- rey el excelentísimo señor marqués de Croix, se acordó su es- celencia de encomendar al apostólico colegio de San Fernando las misiones de la California, y se vió precisado el reverendo padre guardian fray José García á admitirlas con el permiso

por la falta de reales de que luego se fuese á España á traer religiosos, y que entretanto venian se quedasen en las misiones de la Sierra-Gorda solo cinco religiosos; uno para cada mision y los demas fuesen para completar el número de doce.

En atencion á esto determinó el venerable decretorio el que se escribiese á la sierra convidando á la jornada á los misioneros, y que si se animaban fuesen en derechura á incorporarse con los demas que luego saldrian del colegio. Como no se tenia certidumbre si se completaria el número de los cinco, para que no hubiese atraso se determinó saliesen del colegio nueve, y que llegando á Querétaro ó á Guadalajara, si iban á incorporarse los cinco, se volviesen dos para la sierra. Los nombrados por el venerable decretorio que habian de salir del colegio fueron los siguientes:

El reverendo padre predicador fray Junipero Serra, doctor y catedrático de prima de sagrada teología, comisario del Santo Oficio y presidente de las misiones de la santa provincia de Mallorca.

El padre fray Francisco Palsu, hijo de dicha provincia y misionero de dicho colegio.

El padre fray Juan Moran de la provincia de la Concepcion y misionero.

El padre fray Antonio Martinez de la provincia de Burgos.

El padre fray Juan Ignacio Gastore, hijo de la dicha provincia.

El padre fray Fernando Parron, hijo de la provincia de Estremadura.

El padre fray Juan Sancho de la Torre de la provincia de Mayorca.

El padre fray Francisco Gomez de la provincia de la Concepcion.

Y el padre fray Andrés Villumbrales de la dicha provincia.

Salimos todos los dichos de nuestros colegios el 16 de Julio de dicho año de 67, corriendo el gasto de todo lo necesari-

rio de cuenta del rey. Y llegado á Querétaro, no habiendo llegado los dos de la sierra ni dándonos lugar á esperarlos, seguimos los nueve dichos hasta Guadalajara, en donde tampoco los encontramos, y nos fué preciso seguir hasta el pueblo de Tepic, en donde llegamos con toda felicidad y nos hospedamos en el hospicio de Santa Cruz, que es de religiosos observantes de nuestra orden de la santa provincia de Jalisco.

En este pueblo encontramos la tropa que iba para la expedicion del Cerro Prieto de la provincia de Sonora que estaba detenida á causa de no haberse concluido los dos paquebotes que se estaban construyendo de cuenta del rey para pasar la tropa á Guaymas. En cuanto llegamos á este pueblo vino el tesoro de la dicha tropa á visitarnos y á decir al reverendo padre presidente que tenia orden del escelentísimo señor virey de proveer de todo lo necesario para la mantencion de los religiosos; agradeciolo el reverendo padre presidente diciéndole que comeriamos en comunidad con los religiosos del hospicio, y que el reverendo padre presidente de él correria con ello, pues nos hacia esta caridad. En atencion á esto cuidó de entregar al síndico del hospicio la limosna necesaria para que el reverendo padre presidente de dicho hospicio nos diese la comida ordinaria de religiosos. Y así lo hizo, quedando todos muy contentos y agradecidos de la caridad de nuestro rey que usaba con nosotros sus menores capellanes.

no de cuenta del rey. Y llegado á Guadalupe, no habiendo
llegado los dos de la sierra ni habiendo lugar á esperarlos, se-
guimos los nueve dias hasta Guadalupe, en donde tambien
los encontramos y nos fué preciso seguir hasta el pueblo de
Tepic, en donde llegamos con toda felicidad y nos hospeda-
mos en el hospicio de San Juan. En este pueblo de Tepic, en
tanto que nos hallamos en la santa provincia de Jalisco.
En este pueblo encontramos al señor don Juan de la Cruz,
cien del Cerro Prieto de la provincia de Sonora que estaba de-
tendido y causa de no haberse concluido los trabajos que
se habian comenzado de cuenta del rey para pasar la tropa
de Guadalupe. En tanto que yo me hallaba en el pueblo vino el se-
ñor don Juan de la Cruz á visitarme y á decirme al reverendo
presidente que tenia órden del excelentísimo señor virrey de
prover de todo lo necesario para la marcha de la tropa de
los religiosos que se iba á retirar al convento de Tepic, que
comenzamos en compañía con los religiosos del hospicio, y
que el reverendo padre presidente de el convento con ellos
nos hacia esta salida. En atención á esto fué preciso de embarcar
al hospicio del hospicio de Tepic.

CAPITULO II.

Y luego quedamos solos con
los religiosos de la ciudad de Tepic, que
ordenaron los religiosos.

Mision en Tepic y lo que sucedió en el tiempo de ella.

Pocos dias despues de haber llegado á Tepic supo el reve-
rendo padre presidente de la mision que se estaba disponiendo
una balandrita para salir para la California con el gobernador
nombrado de ella D. Gaspar de Pontola con alguna tropa de
soldados, dragones y migueletes con su alférez y un capellan
de la tropa llamado el Br. D. Pedro Fernandez. En vista de
esto fué el reverendo padre presidente á ver al señor coronel y
comandante de toda la tropa D. Domingo Elizondo en solici-
tud de conseguir de que se embarcasen tambien algunos religio-
sos, y alcanzó que fuesen dos aunque se siguiere incomodidad

por ser chica la balandra. Con este permiso determinó que
yo me embarcase con el padre fray Juan Ignacio Gaston.

El dia 24 de Agosto por la tarde nos embarcamos en Matan-
chel los dos religiosos con los demas espresados arriba, y la
misma tarde se hizo á la vela la balandrita acompañada de una
lancha en que iban todas las sillas y equipaje de los soldados
con cinco de los dragones que se embarcaron en ella; como era
tiempo de las turbonadas no nos faltaron buenos vientos por ser
el buque tan chico y muy celoso, principalmente la noche del
28, que estando mar adentro sobre el cabo de corrientes se le-
vantó una recia tempestad como á las seis de la tarde que duró
hasta cerca de media noche con la que nos vimos en peligro de
perdernos, disponiéndose todos para morir (y ciertamente pen-
sé que nos perdiésemos); en la mayor afliccion me dijo el se-
ñor gobernador (que ya lo habia confesado por lo que pudiera
suceder) que hiciésemos alguna promesa á algun santo para
que nos librara de aquella horrible tempestad; al decir esto me
acordó el padre compañero fray Juan Gaston el zacate que yo
traia de la santa cruz del hospicio de Tepic, y prometiéndome
cantarle una misa á la santa cruz y asistir todos á ella, tiré á la
mar unas ebras del zacate (que tienen y aprecian los tepique-
ños como reliquia), y ciertamente puedo decir que en cuanto
cayó á la mar dicho zacate se aplacó de modo que se puso en
calma; no puedo asegurarlo de milagro, pero sí que todos lo
tuvieron por prodigio y gran misericordia de Dios, y en ac-
cion de gracias, luego que llegamos al hospicio, canta-
ron la misa, á la que asistieron el señor gobernador con mu-
chos oficiales de la tropa y todos los soldados que se habian
embarcado; lo que se hizo en el hospicio porque en vista de las
continuas turbonadas mandó el señor gobernador volviésemos
á Matanchel por concebir no era tiempo para el viaje, aunque
lo fué para la lancha, que en once dias estaba ya en el puerto
Escondido de la California como siete leguas del real presidio
de Loreto, aunque no desembarcaron esperando la balandra

como llevaba la orden, pero viendo no parecia, despues de andar toda la costa interior de la California desde dicho puerto hasta el Cabo de San Lucas, no hallándola, se volvió á Matanchel.

Con la llegada de dicha lancha al puerto Escondido llegó á noticia de los padres jesuitas que iba el gobernador de la península y que lo acompañaban los religiosos misioneros del colegio de San Fernando, que es lo único que los de la lancha dijeron á un indio que vieron en dicho puerto Escondido, callándole todo lo demas (que bien es de admirar en la gente de mar y mas siendo los marineros los mas de ellos criollos de la California). Por estas confusas noticias creyeron los padres misioneros jesuitas que se les habia admitido la renuncia que años antes habian hecho de dichas misiones al Exmo. Sr. marqués de Crucillas, virey de la Nueva-España; pero jamas creyeron el golpe de la espatriacion; al saber que iban padres misioneros de San Fernando hicieron muchas demostraciones de alegría, como me aseguraron así indios como soldados, mereciéndoles que alabasen nuestro apostólico instituto, que sirvió mucho para que los indios nos recibiesen bien y no les fuese tan sensible la salida de los padres que los habian criado, y que no habian visto ni conocido á otros.

A los seis dias del mes de Setiembre volvimos á estrar de vuelta en Tepic, y encontramos en el hospicio ya mayor número de misioneros, pues estaban ya alejados en el catorce de la Santa Cruz de Querétaro que iban para las Pimerias de la provincia de Sonora y once observantes de la provincia de Jalisco, que con otro que faltaba habian de pasar tambien á las misiones de Sonora, y pocos dias despues llegaron otros siete de la misma provincia que iban á ocupar las misiones del Nayarit. Asimismo encontramos los cinco de nuestro colegio de San Fernando que venian de la Sierra-Gorda, que fueron los padres fray José Murguia, fray Juan Ramos de Cora, fray Juan Crespi, fray Miguel de la Campa y fray Fermin Lazuen, y aun-

que estábamos dos mas del número pedido, pero como el ilustrísimo señor obispo de Guadalajara nos dijo que no tenia clérigos que enviar y que ya lo habia escrito á su escelencia, determinó el presidente no despachar á ninguno para la sierra considerándolos á todos necesarios, y que aunque faltaban dos para completar el número de los misioneros jesuitas que habia en la California.

Era la orden de su escelencia que todos los misioneros y su tropa fuesen por mar, así los de la California (que era preciso) como los que iban para Sonora, y que se hiciese con los dos paquebotes que se estaban fabricando en el rio de Santiago; estaban estos muy atrasados, y así habia de ser mucha la demora. Atendiendo á esto y el ver á tantos misioneros en alguna manera ociosos, pretendió el reverendo padre presidente de nuestra mision de San Fernando el que se hiciese mision en Tepic. Hablólo al reverendo padre presidente de la mision de Querétaro, y habiendo tratado el asunto resolvieron suspenderlo, juzgando no estaba dicho pueblo en disposicion de mision; y que poco ó ningun fruto se sacaria, juzgando mejor el suspenderlo hasta tanto se desahogase algo de la tropa, y que los que quedasen despues de la salida de ésta podian hacer la mision.

A principios de Octubre, despues de pasado el equinocio, determinó el comandante de la tropa D. Domingo Elizondo se dispusiese la tropa que habia de marchar para la California con el señor gobernador. pasando recado á nuestro presidente que se embarcaría con sus religiosos que tenia determinado saliesen á mediados de dicho mes con la balandrita y una lancha que estaba en Matanchel propia de un minero de la California D. Manuel de Osio. En cuanto recibió este recado pasó el padre presidente á verse con los señores comandante y gobernador que se habia de embarcar: y diciéndole éste que escogia para sí y la tropa la balandrita y que en la lancha irian los misioneros, determinó ir personalmente á verla y registrar si habia lugar

para los catorce religiosos como de facto fué, y estando en Matanchel llegó correo de México con la novedad de que su excelencia mandaba fuese la mision de San Fernando á la provincia de Sonora junto con la de Querétaro, y la de Jalisco pasase á la California, cuya órden me intimaron (por quedar yo de presidente nombrado del colegio en ausencia del reverendo padre fray Junípero Serra), entregándome al mismo tiempo una carta de nuestro padre guardian, en que nos decía que por haber tenido noticia el muy reverendo padre comisario general fray Manuel de Nájera que los misioneros de la mision del colegio de la Santa Cruz de Querétaro por lo que de ellos se habia experimentado en el hospicio de Tepic, no habian de tener en la Sonora union ni armonía (que es tan importante) con los religiosos de Jalisco, habia pedido á su excelencia que los observantes pasasen á la California y los misioneros de los dos colegios pasasen á Sonora, que siendo de un mismo instituto se llevarian mejor.

En cuanto recibí la carta y me enteré de la novedad, despaché correo á Matanchel á avisar al reverendo padre presidente, quien luego se volvió al hospicio sintiendo mucho la impensada novedad; el mismo efecto causó á todos nosotros, como tambien á los misioneros de Querétaro, cuyo presidente viendo lacrado el honor de su mision, no remordiéndole en lo más mínimo la conciencia de que religioso alguno hubiera dado motivo para presumir habia de faltar la union y armonía entre sus misioneros y los de la provincia, se presentó con una peticion á los dos presidentes del hospicio de la mision de la provincia, suplicándoles que al pié de ella declarasen si habian visto alguna cosa en alguno de los misioneros que indicase lo más mínimo de desunion, á lo que respondieron que no habian visto lo más mínimo, antes bien habian experimentado en todos ellos mucha caridad y afecto, y que no tenian el menor motivo de sospechar faltaria la buena armonía y union.

Al mismo tiempo que corria esta diligencia el reverendo pa-

dre presidente del colegio de Querétaro llegó el nuestro de Matanchel, y viendo á sus misioneros desconsolados así por la variacion del destino como por el motivo que se habia alegado, determinaron que yo con otro compañero pasase á la ciudad de Guanajuato á verme con el señor visitador general á fin de saber si habia mudado de intencion en cuanto á nuestro destino, y que en caso que así fuese le astisficiese de que los padres misioneros de Querétaro no habian dado motivo para que los de la provincia de Jalisco el no ir con ellos á la Sonora sino á la California, llevando para ello las dos certificaciones de los dos reverendos padres presidentes observantes del hospicio de la mision de la provincia. Sacrifiquéme al dicho viaje tomando de compañero al padre fray Miguel de la Campa Cos, criollo de Durango en la Nueva-España é hijo del colegio; y tomada la bendicion del reverendo padre presidente salimos del hospicio el dia diez y nueve de Octubre al mismo tiempo que salieron para Matanchel los padres observantes que iban para embarcarse para la California, que por no haber llegado el uno que faltaba para completar el número de doce, llevaron para suplir un clérigo del obispado de Oajaca D. Isidro Ibarzabal, que habia venido arrimado á la tropa con el fin de pasar á Sonora. Embarcáronse los dichos en la lancha, y el señor gobernador con la tropa en la balandra con dicho capellan D. Pedro Fernandez y yo con mi compañero caminé para Guanajuato.

Llegamos á dicha ciudad el dia 1º de Noviembre al medio dia, yendo á parar al convento de los reverendos padres descalzos de nuestra órden, y despues de las tres fuimos á visitar al señor visitador general y á proponerle el motivo de nuestra venida, quien luego dijo que ya sabia lo que habia sucedido y que era contra su voluntad y que no era esta la intencion de su majestad, que en cuanto él hubiese llegado á México habria hablado á su excelencia, y sin duda alguna no habia mandado transportar de la Sonora á la California y de ésta á los padres

observantes al destino de la Sonora; pero que supuesto habíamos tomado el trabajo de venir desde Tepic lo tomásemos también en pasar hasta México, que él nos daría carta para su excelencia, y que en cuanto llegásemos nos despacharía. Convenimos en ello, y al día siguiente nos entregó las cartas y después de misa nos salimos para México, en donde llegamos el día 9 de dicho mes, y habiendo referido al reverendo padre guardian y venerable directorio lo que había pasado nos remitió á su excelencia quien, en cuanto vió la carta del señor visitador general y referido lo sucedido en Tepic y la causa de la detencion, dió luego decreto revocando el que había dado mandando de nuevo que nosotros pasásemos á la California y lo tobservantes á su primer destino de Sonora. Entregáronme ese decreto el día 11, y pasando á dar las gracias de él á su excelencia nos dijo que lo despachásemos por correo y descansásemos algunos dias del dilatado viaje, lo mismo pareció al reverendo padre guardian y así se ejecutó enviando correo á Guadalajara con dicho decreto y quedamos descansando unos dias.

En este interin se celebró el capítulo del colegio, en el que salió de guardian el reverendo padre fray Juan Andrés, á quien pedí permitiese viniesen otros dos misioneros mas supuesto que ya no iban clérigos y que eran necesarios diez y seis, sacerdotes; propúsole en discretorio, y habiendo convenido fueron nombrados los padres predicadores fray Dionisio Bastera y fray Juan de Medina Beytia, ambos religiosos de la provincia de Cantabria, y juntos los cuatro salimos del colegio para Tepic el día 6 de Diciembre, sin haber tenido en tanto camino la menor novedad; llegamos al hospicio de dicho pueblo el último de dicho mes, siendo recibidos de los demas con extraordinarias demostraciones de alegría.

CAPITULO III.

Prosigue la materia del antecedente.

Ya dije en el capítulo inmediato que se embarcaren los padres observantes para la California, saliendo el mismo día del hospicio para embarcarse que nosotros para México, quedando en el hospicio las dos misiones del colegio, en donde se mantuvieron sin la menor novedad. En este tiempo se concluyó el paquebot nombrado San Carlos, y determinó el comandante El zondo el embarcarse en él con todos los soldados dragones y caballería, dejando ordenado que después con el otro barco ó con los que viniesen de la California se embarcaria lo restan-